

LINDAURA ANZOATEGUI CAMPERO DE CAMPERO

# UNA MUJER NERVIOSA

## Leyenda

de épocas tan lejana, tan lejana, lectora  
mía, que apenas conserva idea de  
haberla oído relatar á una su  
abuela, tu admirador y  
amigo.

*EL NOVEL*

POTOSI 1891

© Rolando Diez de Medina, 2003  
La Paz – Bolivia

## INDICE

[INTRODUCCION](#)  
[UN MES MAS TARDE](#)  
[PADRE Y MADRE](#)  
[ESCENA PATERNAL](#)  
[SUEGRA Y NUERA](#)  
[ESCENA DOMÉSTICA.](#)  
[DOS AÑOS DESPUES](#)  
[MADRE É HIJO.](#)  
[DESGRACIA.](#)  
[DOS ANTIGUOS AMIGOS.](#)

## INTRODUCCION

—Buenas tardes, chico. Veo que el día de hoy ha comenzado para ti á las 4 p.m. ¡Dormir hasta esta hora! ... ¡Ya se vé!... ¡entregado á los sueños color de rosa que te inspiró sin duda tu linda pareja en el baile de anoche!

—¿Vuelvas á tu manía?

—¡Hombre! Si tu inclinación por la rubia pertenece al dominio público!

—¡Dale! ... La encuentro elegante y atrayente; me gusta contemplarla de cerca, por que, eso sí ¡dónde encontrar una sonrisa, una mirada igual á la suya?

—Y una naturaleza mas romántica, y un sistema mas delicado de nervios.

—¿Nerviosa ... ¡Dios santo!

—¡Hombre! ¿ te asusta en una mujer lo que hace su mérito en nuestros dias? De dónde diablos sales?

—De un rincón de provincia, amigo mio; cosa que tú no lo ignoras.

—Y bien que se te conoce. No, que solo nos faltaria verte enamorado de una muchacha que vendiera salud por todos sus poros. Hoy, chico, se estilan en nuestra capital, mujeres pálidas, ojerasas, diáfnas, con su indispensable ataque de nervios. Soi tu amigo, y me creo en el deber de ponerte al corriente de la moda ... A propósito, irás al teatro esta noche? ... Lo tenemos tan rara vez, que la ocasión no es de desperdiciarse.

—El baile me ha dejado molido ¿y me propones otra mala noche?

—Allí contemplarás otra vez de cerca a la rubia.

No me hace mella.

—¡Ingrato! ¡ Después de las deferencias que le mereces! ...

—Por otra parte; mis buenos padres extrañarían verme trasnochar consecutivamente dos noches.

—¡Bah! ¡Puebloño hasta ese punto! ... Pero no me vengas a mí con semejante disculpa, pues es notorio que la idolatría que te tienen tus padres, raya en lo inverosímil. Nada, chico, nada: á las o me tienes aquí exacto como la fatalidad.

—¡Hombre! ...

—Hasta las 8, pues.

—Amén.

## UN MES MAS TARDE

—¿Se casa el provinciano con la Rubia? Pues, lo que es á mí, no me toma de sorpresa el casorio: yo fui el primero en anunciarlo.

—¡Yo lo celebro sinceramente.

—¿Tú?... ¡Chico! ¡y con qué conformidad tomas las calabazas! Estabas perdidamente enamorado de la muchacha.

—No lo niego.

—¿Qué causa ocasionó tu *enfriamiento*? ¡sí aun recuerdo que pensabas en formalizar tus amores!

—¡Exacto!

—Y a lo mejor, te ausentaste sin decir a los amigos: ahí quedan las llaves.

—Es que mi ausencia fué una fuga; pues cuando pensé seriamente en casarme, procuré ver claro y abrí bien los ojos...

—¿Y bien? ¿qué viste?

—Solo una madeja de nervios en vez de una mujer.

—Ja, ja, ja.

—No es cosa de broma, chico, porque hartó sufrió y luchó mi corazón antes de resolverme a escapar, por una brusca ausencia, del amor que era mi vida. ¡Oh! Si el respeto que profeso á la mujer, en homenaje á la memoria de mi santa madre, no hubiese hablado tan alto en mi conciencia, te juro que hubiese hecho una querida deliciosa de esa criatura; pero mi esposa, la madre de mis hijos... ¡nunca! Me inspira miedo una mujer nerviosa.

### PADRE Y MADRE

—¡Siempre te veo lloriqueando desde que el muchacho nos ha descubierto su deseo de establecerse!

—¡Casarse mi hijo!

—Pero, mujer, ¿creíste guardarlo siempre en el bolsillo?

—¡Tan jóven!

—Tiene 24 años.

—¿Qué le faltaba, pues, á nuestro lado?

—Lo que á tí a los 18 años y á mí á los 23, cuando abandonamos á nuestros excelentes padres para llamarnos esposos.

—¿Dios solo sabe la clase de mujer que le tocará en suerte!

—No seas injusta. La novia es jóven, bonita, de buena familia...

—En fin, un conjunto de buenas prendas para tí que solo ves las apariencias; pero yo que como mujer, sé la influencia que ejercerá en la desgracia ó la felicidad de mi hijo, el genio, los hábitos de la que será su esposa!...

—¿Quién duda de que esa niña será un ángel en su hogar?

—Yo no quiero un ángel para ni hijo; quiero una compañera modesta y hacendosa, que cuide de su marido, que asee y vijile su casa, que le ayude a economizar los bienes que heredarán á nuestra muerte.

—Lo hará así, mujer, puesto que es la fortuna de sus hijos lo que se confiará á su cuidado.

—Pues, para decirlo de una vez; me da miedo esa Señorita tan delicada, que se viste como un figurín, se perfuma como un monumento de Jueves Santo, que salta como una ardilla y gorjea como un pájaro, y á quién nunca se le ve con la aguja ó el plumero en la mano.

—Vaya, que esos son extremos tuyos!; puesto que no necesita de hacer de criada ni de costurera en su casa.

—Eso es justamente lo que me atormenta: nunca podrá acostumbrarse á ser la esposa que se amolde al modo de ser de nuestro hijo.

—Si ella lo ama, como no lo dudo, no le costará tomar nuestros hábitos; pero eso vendrá poco a poco, sin violentarla, porque segun presumo, es débil de constitución y un tanto nerviosa.

—¿Nerviosa? ¡Jesus me ampare!

Pues ¿no recuerdas que nuestro pobre vecino se murió antes de su hora, á causa de las desazones y amarguras que le ocasionaron los nervios de su mujer? Y, á fe que la acertó el buen hombre, porque de esa suerte no vió la completa ruina en que quedaron por fin sus hijos, á causa de los malditos nervios de esa bendita Señora.

—Mira, mujer; yo creo que discutir este asunto contigo, es completamente inoficioso. El muchacho esta resuelto á casarse, y nuestra oposición no lo hará desistir: lo sé. Así pues, conformémonos de buen grado á lo que no podemos remediar.

### ESCENA PATERNAL

—Acabamos de recorrer nuestras cuentas, y ya ves, hijo mio, que, en los seis meses trascurridos desde tu matrimonio, los gastos son considerables. No es por reprochártelos que te lo hago presente, puesto que eres muy dueño de nuestra fortuna: quiero sí, mientras ello sea en posible, que aproveches de mi larga experiencia. Sé lo difícil que es, en los primeros momentos, resistir á los caprichos de la mujer, llevada generalmente, de oropelos y fruslerías, reproche que nunca mereció tu excelente madre; pero, por desgracia, son pocas las que se le parecen; mas, si el hombre no se apresura á desplegar el reposo y la cordura que le son peculiares, adiós tranquilidad y bienestar domésticos!, fortunas cuantiosas son devoradas por ese abismo sin fondo de la prodigalidad y del despilfarro.

—¿Me permite U. hacerle una observación, padre mio?

—Las que gustes, querido.

—Nosotros nos hemos acostumbrado á la vida sencilla de provincia, y nos es difícil comprender las exigencias de la sociedad en que ahora vivimos. Mi esposa ha nacido y se ha educado en su seno; y no creo justo que, por solo el hecho de que lleve mi nombre, la condenemos á renunciar á sus costumbres.

—¡Pobre de ti, hijo mio, si no procuras plegarlas á los hábitos tranquilos de tu hogar!

—Pero, ¿porqué imponerle sacrificios si no nos hallamos, á Dios gracias, en mala situación de fortuna?

—Por que, al paso que vamos, si en seis meses gastas, por complacer sus costumbres de sociedad, como tú dices, la renta anual que te tengo señalada, muy en breve será llegado el caso de lanzarse en la ruinosa pendiente de las deudas, y después, á la de comerse el capital. Todo esto se evita marcando desde un principio con dulzura, sin violencia, la senda que la mujer debe seguir en su nuevo estado.

¿Quién dejaría de considerarse satisfecho con una renta de 4,000 Bs. al año?

—¡Oh! Padre mio: mi esposa no considera el interes bajo ningún aspecto.

—Pues, ahí está el mal, querido; puesto que si es un vicio detestable el de la avaricia, es una obligacion sagrada para una madre de familia, vijilar con solícito interes, la fortuna que asegure el provenir de sus hijos.

—¡Es tan jóven aun para comprender éso!

—Tiene 22 años, y tu madre tenía solo 18 años cuando nos casamos, siendo desde el primer dia un modelo de esposas.

Por lo demás, la Iglesia misma señala la edad de 7 años para entrar en el uso de la razón.

—En fin, padre mio, procuraré cumplir los deseos de U.; pero le ruego que me dejen obrar sólo; ¡es tan delicada mi esposa, que una alusion, una palabra cualquiera, la hace sufrir horriblemente! ¡Pobrecita!: no puede sobreponerse a sus nervios.

—¡Hum! ...

—Nosotros, á Dios gracias, tenemos una naturaleza robusta, así es que no podemos comprender sus sufrimientos.

—¡Ya se vé! ¡Hemos sido formados de una arcilla tan grosera! ...

—¡Oh!, padre mio eso; lo dijo en un momento de exaltacion que...

—Que se repite a cada instante... Oye, hijo mio; yo no pensaba aun tocarte este punto, tan escabroso para mí y tan delicado para todos los de mí familia, concretándome por hoy a hacerte las indicaciones que acabas de oirme; pero, ya que tú lo traes al caso, es necesario poner el dedo en la llaga y decirte: es urgente, ¿lo oyes? es urgente que pongas remedio á los a los sufrimientos inauditos que nos impone tu mujer.

—¿Será posible, padre, que m pobre esposa merezca de U. tan severo reproche?

—¡Desventurado niño! Sólo tú no quieres notar los heroicos esfuerzos que hace tu noble madre para sufrir en silencio las humillaciones y contrariedades que, diez veces al dia, le placen imponerle los nervios de tu mujer.

—¡Oh!

—No pretendo reprochar á nadie la naturaleza que ha recibido del Cielo, y es tarde ya, por desgracia, para moralizar sobre los defectos que fomenta una mala educación. Solo quiero significarte que exijo, ¿me entiendes?, que exijo pronto y enérgico remedio á semejante estado de cosas.

—Pero U. que conoce las exageraciones á que se dejan llevar las Señoras...

—¡Basta! No olvides mis recomendaciones.

—¿Qué escucho? ... ¿Son gritos...

—Es la voz de tu madre...

—La de mi esposa... ¡Dios mío! ... Corro...

—Sí: ve, ve luego: debe ser un nuevo ataque nervioso de tu mujer.

### SUEGRA Y NUERA

—Es insufrible esto de no poder entrar en una habitación, sin tropezar con un enjambre de animales. Parece esta casa una arca de Noé.

—Oye, Manuelita, llévate á la cocina á mi Záfiro.

—¿A la cocina? ¡Qué horror!

¡Un perro que lo ensucia todo! Yo no probaré bocado esta tarde.

—Manuelita, llévalo á mi cuarto.

—¡Qué capricho el de U., Señora, vivir así entre perros, gatos y loros!

—Es que U. es jóven y no le faltan distracciones, pero ¿cuáles son las que quedan á una persona de mi edad?

—El aseo, Señora, que obliga siempre.

—Cierto: como la buena crianza y la mesura.

—¿Es una indirecta?

—No entiendo de ellas; mi lenguaje es tosco pero sencillo como el de una buena provinciana.

—Pero segun la sociedad en que se vive se aprende.

—A mi edad es difícil cambiar de modo de ser.

—¡Ai Jesús! ¡Misericordia!

—¡Dios mío! ¿Qué sucede? ...

¿Le ha picado a U. algo? ... Permítame ver.

—¡Toma! Otra vez no me darás igual susto.

—¡Mi pobre cotorrita!... ¡muerta! ...¡Que mala es U.! Vaya!; el otro día obligó U. á mi hijo á que hiciera ahorcar el perro que tantos años nos acompañó y guardó la casa de hacienda, porque sus ladridos le daban á U. ataques nerviosos, y hoy ¿qué daño ha hecho á U. este animalito, que yo quería tanto por que fué de mi hijo cuando era pequeñito, para que U. lo haya reventado como si fuese un alacrán?

—Dió en subírseme á las piernas y me daba sustos de á cada rato ... Pero ¿U. llora?

—No haga U. caso; las viejas lloramos de todo.

—¡Vaya!; que si yo hubiese sabido!... Pido a U. perdon del mal rato que le he ocasionado... Voi á ejercitar un poco el piano, por que esta noche estoy de baile en Palacio.

—¿Otra vez al baile?

—¿Le parece á U. eso extraordinario?

—¡Cómo el domingo estuvo U. ya!

—Y hoy es jueves, y vuelvo.

—¡Vino U. tan enferma con la fatiga!

—Ya pasó; además, tengo que estrenar el vestido rosa.

—Sí; el que ha costado 500 Bs.

—¡Jesus! ¿Una fortuna? ¿Verdad?

—Yo no me mezclo en los asuntos de mi hijo.

—Y eso es obrar con prudencia, Señora.

—Permítame suplicarle que, alomenos, no lleve U. el corsé tan ajustado como lo suele usar. He oído decir que eso es malo en el estado en que está U.

—Será así para las mujeres que se lo ponen solo cuando se *endomingan*, como suele suceder con las provincianas.

—Parece, segun opinion de un médico, que el corsé muy cerrado, maltrata á la criatura, que sale en general, raquítica y enfermiza.

—¡Opinion de médico de aldea!

Una mujer de sociedad, ó *comme il faut*, Señora, tiene el deber de conservar los dones que ha recibido del Cielo. ¿Qué se diría de mí si me presentase con la cintura deforme de... una cualquiera?

—El remedio en este caso me parece sencillo.

—¿Cuál?

—No bailar.

—Ya me esperaba la salida!... Guarde U. sus consejos para quién los necesite... Voi al piano... — ¡Ai! ¡qué asco! Tengo las manos llenas de polvo con solo haber abierto este mueble.

La muchacha olvidaría sacudirlo. Es una pobre tontuela como no ha conocido semejante instrumento sinó cuando lo compramos para U., teme hasta aproximarse á él.

—No lo diga U. Señora, porque eso da una triste idea de los criados de esta casa.

—Aquí está el plumero... Puede U. sentarse; todo está ya sacudido.

—¡Horror de piano!... Ya se ve! ¡hace un siglo que no se afina!

—Un siglo!... Quince días escasos, si U. lo recuerda.

—Aunque solo lo estuviese desde ayer, sostengo que está de rajarse los oídos para personas ejercitadas como yo; que para aquellas a quienes les es indiferente oír música ó el repique de cien campanas rajadas, es distinto.

—¡Válgame Dios! Puesto que U. es tan conocedora ¿porqué no advierte que se llame al afinador?

—¡Santo Cielo! Señora ¿qué dirían entonces UU. de mis exigencias, si tal hiciese? Cuando ahora....

—Acabe U.

—Sí, acabaré, Señora, como que ya se ha acabado mi sufrimiento.

—¿Cree U. que soy ciega y tonta al extremo de no haber notado el disgusto que causó á UU. dejándome estar en cama hasta la hora del almuerzo, tocar un poco el piano, leer un rato y salir á baile ó al teatro con mi esposo?

—¿Nosotros?...

—No lo niegue U., Señora; no niegue U. Que habría preferido una fregona para su hijo, y no una mujer que por sus hábitos, su instrucción y sus ideas, está lejos de poderse plegar a las maneras mezquinas y triviales de esta casa.

—Basta! basta!: ni una palabra más! ...También ha acabado ya mi acopio de paciencia. Faltando a mis deberes de madre, a mi dignidad de mujer, he sufrido en silencio tanto y tanto como he sufrido desde que pisó U. Los umbrales de nuestro modesto pero tranquilo hogar; pero lo sufría por el bienestar de mi esposo y la felicidad de mi hijo, nó porque me creyese inferior a U., téngalo entendido; y es tiempo de que cada una de nosotras conozca el puesto que le corresponde en la casa.

—¿Yo bajo las órdenes de U.?... Jamás, jamás!

—No grite U. Así

—Antes morir!... ¡Ai!, Dios mio, ¡ai!

—¡Válgame el Cielo!... ¡Su ataque de nervioso!... Ya está aquí mi hijo.

### ESCENA DOMÉSTICA.

—Sujétala pronto... ¡entra en las convulsiones!

—¡Pobrecilla! ¡Alguna contrariedad sin duda! Sabe U., madre, que su estado exige tantas consideraciones...

—Bueno: de eso hablaremos mas tarde; lo que ahora importa es socorrerla.

—Si madre, sí: por Dios.

—No te aflijas; esto pasará luego.

—Esposa querida, mi ángel adorado, haz un esfuerzo para volver en tí ¿no ves que tu estado me mata de pena?

—¡Ah!

—¡Ya vuelve!

—¡Qué opresión!...¿Quién me sujeta?

—Soy yo, tu esposo, tu amante.

—¡Ai!...¡Cuánto daría por poder llorar!

—Llora aquí, contra mi seno, en mis brazos; las lágrimas calmarán la violencia del ataque.

—¿Qué importa que calme esta vez mas si las causas que lo ocasionan se renuevan a cada instante?

—¿Por qué se renovarían, esposa de mi alma? Sabes que un deseo tuyo es una orden para mí.

—Cállate, por Dios, que tu madre te escucha, y la santa Señora podría tomarlo al pié de la letra.

—¿Qué mal habría en ello?

—¿No lo ves?... Me detesta cordialmente...

—Y si te creyese capaz de satisfacer un deseo mío, me desearia la muerte.

—¡Oh!

—¡Madre!... Es la exitacion nerviosa; no pare U. Mientes en lo que ahora dice.

—¡Paciencia!

—Si, Señora; ¡paciencia!, pero será ya por poco tiempo. Quiero que este martirio acabe para mí; no tengo porque sufrirlo...iré a pedir un rincon en casa de mis padres para llorar siquiera en libertad mi desgracia... Quedarán aquí libres de mi odiosa vista... Lo único que siento, pobre esposo mío, es no poder romper la cadena que nos une, para que te fuera posible escoger una mujer al paladar de tu madre, que la sirva, que barra, que cocine, que cuide de sus gatos, de sus loros, de sus...

—Cálmate, cálmate, vida mía.

—Tienes razon; olvidaba que la víctima no tiene ni aun el derecho de decir la verdad.

—U. Se engaña, Señorita.

—¡Mi padre!

—¡Mi esposo!... ¡Y lo ha oido todo!...¿ Qué es lo que sucederá ahora, Dios mio?

—U. Se engaña, repito; puede decir cuantas verdades quiera, pero con el respeto que se merecen las personas superiores á U. que se hallan presentes. Hable U. sin recelo. ¿Quiere U. irse de casa?

—¡Padre!

—¡Esposo mío!

—¿Lo quiere U?

—No esperaré ciertamente que se repita la ofensa de arrojarme indignamente de su casa, como UU. lo hacen.

—¿Nosotros?...

—Calla, mujer, calla.

—No sufro un minuto mas de permanencia en ella.

—Y tú, hijo mío, ¿qué dices de esa determinación?

—Digo que el tratamiento bárbaro que este ángel acaba de sufrir de parte de los autores de mis días, rompe entre ellos y yo todo lazo, y que ahora soi yo quien exijo el inmediato abandono de esta casa.

—¡Hijo!...¡Hijo mio! ¡tales expresiones!... Pero nó; ellas no son tuyas, son dictadas por el mal espíritu que te domina ¿No es así, hijo de mis entrañas? Dímelo, dímelo, por Dios!

—Si; dile que yo soi un monstruo, que soi un aborto del infierno; que nací para labrar tu desgracia; que me abominas... Pónte de rodillas a sus piés para implorar su perdon y hacer que triunfe su odio contra mí.

—¡Calla! ¿Yo abandonarte, vida de mi vida?...¿Qué me importa el resto del mundo si te poseo?

—¡Ah!...

—Tienes razon, pobre madre; sí llora, llora sangre por nuestra desventura, que supo prever tu noble y leal corazon... Pero, calla, y déjame obrar como lo exige la situación.

—¡Mi hijo!... mí hijo que quiere abandonarnos!

—Confiemos en Dios, esposa mía, que supo volver al hogar paterno al hijo pródigo y desnaturalizado... Déjame, te lo ruego, déjame obrar ahora con toda independenciam.

—Pero no seas duro con él...

Yo me someteré a todo ¿lo oyes sin quejarme, sin murmurar...con tal de que no se separe de nosotros!

—Tus padres hablan en voz baja... me miran con asombro, sorprendidos sin duda de verme aun bajo el techo de su casa.

—¡Oh! no; ¡son tan buenos! Apostaría á que consultan el medio de disculparse ante ti.

—Te advierto que por esta vez no estoy dispuesta a la indulgencia; que no me ablandarán las promesas que cinco minutos después son desmentidas. Se me ha arrojado de esta casa y saldré de ella.

—¡Imposible! ¿Calcula el escándalo que!...

—Sabrán el modo indigno con que se me trataba y tu culpable condescendencia... ¡Ai! Dios mío, Dios mío ¡qué desgraciada soy!

—Pero si sabes que no te abandonaré un segundo...

—Y bien, hijo mío, espero oír tu última resolución.

—Acabo de decir al hijo de U. que la casa de sus padres no será en adelante la mía.

—Y tú ¿qué dices?

—¿Puedo ni violentar ni abandonar a mi esposa?

—¡Basta! Mi honor exige que mi hijo salga de casa como su nombre y su fortuna lo merecen. Buscaré un alejamiento cómodo... y allí gozarán U.U. de completa independencia, y ... ¡ojalá de la paz que pido a Dios para el hogar de mi hijo!

—Padre mío, ¡cuánto agradezco!...

—¡Cállala!. Desventurado ¿no ves que el corazón de tu madre estalla?

—¡Respiro!... Saldré, por fin, de este grosero centro de materialismo que me ahogaba, y seguiré la senda aérea y vaporosa con que sueña mi alma.

—¡Mi pobre madre!... Querría arrojarme a sus pies, abrazar sus rodillas, pero... ¿qué diría mi esposa?

### DOS AÑOS DESPUES

—¡Por Dios, Eloisa, que hagan callar esa criatura! Es imposible entregarse al estudio con semejante cencerro en los oídos.

—Señorita, creo que la niña no está buena.

—¡Qué ocurrencia!: son majaderías de su edad.

—No hace sino llorar, y se ha puesto tan pálida...

—Efectos del destete. Creo que la nodriza empieza ya es operación.

—No, Señorita.

—Talvez no sea aun tiempo... yo ignoro esos detalles materiales... En fin, lo que importa es que entretegan a esa chica en el interior y que me dejen en paz.

—Buenas tarde, querida.

—¡Ola! ¿Ya de regreso?

—Estás galante... Pero sea lo que fuese, el estómago me dice que son ya la 6 y que aun no hemos comido.

—¡Eloisa!

—¡Señorita!

—¿Por qué me dejan con todo el peso de las atenciones domésticas sobre los hombros? Parece que no se ha llamado todavía a comer.

—No, Señorita; la cocinera no parece hasta esta hora.

—¡Cómo! ¡y son la 6 de la tarde!... Yo no sé en qué vendremos a parar... no hai hora fija para nada... y todo anda por el estilo.

—¿Puedo ser yo responsable del descuido y mala educación de las criadas?

—Sin duda que nó... Lo que recuerdo es que en casa de mis padres...

—¿Sabes, querido, que empiezas a ser empalagoso con tus ejemplos sacados siempre del mismo autor?

—¿Qué quieres, hija mía? No puedo ménos que recordar todo lo bueno que allí ví y que envidio ahora.

—Ola, ola ¿esas tenemos?... ¿Qué mosca venenosa te ha picado? Es seguro que acabas de pasar tu medio día en casa de tus respetables padres, y se te ha avivado el antiguo gusto a la vida arreglada matemáticamente por horas, en que todo se concede al estómago y nada a la imaginacion.

—No: desgraciadamente, no he podido ir a casa hoy día. Salí de acá sin almorzar, y como eran las 11, me fui al café.

—¿Al café? ¿No tienes vergüenza de decirlo?

—Fui simplemente a pedir un almuerzo. En seguida emprendimos con varios amigos una partida de billar.

—¡Jesús! ¡qué grosera diversion!

—Es preciso matar el tiempo en algo, y aquí no tenemos mucho en que elegir al respecto.

—¿Yo no estarías mejor tranquilo en tu casa?

—Yo lo desearía, porque naturalmente no soi callejero, mas...

—Mas ¿qué?

—Verme solo en casa como una alma en pena!; pues sé que no quieres que nadie te interrumpa, una vez que tomas a Víctor Hugo ó a cualquier otro romántico en las manos.

—Y ya ves que con tal compañía, no echo de ménos nada en el mundo. ¿Porqué no tomas mi ejemplo?

—Porque como se necesita que haya uno alomenos que provea a las malditas exigencias materiales ... exigencias que se hacen mayores cada día...

—¡Siempre tu manía empalagosa de cuentas y de números!

—¿Qué quieres?: de eso se come y se viste. Hoy acabo de hacer mi balance con el Banco, balance en que me veo alcanzado nada ménos que en 2,500 \$.

—No es cosa de desesperarse.

—Pero sí de empezar a prever lo que será el provenir... para mi pobre hija.

—¿Te empeñas en probarme que estamos arruinados?

—¿Para que exagerar las cosas?

—Porque has heredado esa buena costumbre de tu económica madre...

—Te ruego que...

—Déjame concluir... Y despues, para tomar ese pretesto y no cumplir tus compromisos.

—¿Cuáles?

—Llevarme a viajar en Europa. Ya sabes que solo allí se adquiere ese desembarazo de buen tono que debe caracterizar a toda persona bien nacida.

—¡Siempre tu tema de viajes!

—No se me aparta un punto de la imaginacion; y estoi tan resuelta a llevarlo a cabo, que no me arredra sacrificio ninguno, una vez que la niña cumpla sus dos años, como tú lo exijes, para poderla dejar sin inquietud.

—¿Y puede ella faltar nunca para el corazon de una madre?

—Pero en tal caso la maternidad sería una cadena de insoportables tormentos y, gracias á Dios, solo es un lazo de perfumadas rosas.

—Sériamente; ¿te empeñas en que nos lancemos a la vida aventurera y ruinosa de los viajes?

—¡Ruinosa!... Ya lo vez: descubres el ládo flaco y mezquino de tus sentimientos.

—Entra en razon, querida mía. Nuestra renta, señalada generosamente por mi buen padre, no nos basta aquí mismo para el tren de casa, y ...

—Pues bien, ¿te parece una exigencia descabellada la mía? No hablaré mas de ello.

—¡Oh! ¡qué buena eres!

—De ese modo, no tendrán que echarme en cara tus *generosos* padres el haberte costado el mas pequeño sacrificio; ¡nó!; aunque sepa perder una a una mis mas dulces é inocentes ilusiones, mis mas justas esperanzas. He nacido víctima y debo resignarme a sufrir en silencio, devorando mis lágrimas. ¡Sí! Ni con una queja atormentaré tus oidos... Vive feliz... tranquilo... Yo... callaré...y...¡Ai! Jesus... me muero!

—¿Qué te sucede?

—La opresion... al pecho... ¡socorro!...¡ai!...¡ai!

—Y verme solo!... Llamaré. ¡Eh! Julian, Eloisa.

—Señor.

—Tenga U. a la Señora, y U. Eloisa déle a oler ese bote de agua de colonia...¿Esta mejor?

—Si, Señor.

—Mójele U. las sienes... U. Julian, déle fricciones en la manos... Eso es... Creo que ya vuelve... Bien; recuéstela U. en el sofá... Gracias.

—¡Ah!

—¡Vuelve en tí y no te aflijas... Iremos a Europa, iremos al...En fin, iremos a donde te dé la gana. ¿Estas contenta?

—Recuerdo que yo no te he exigido nada; que al contrario, víctima cómoda, me conformé...

—Sí, sí, sí. Descansa en mi promesa...Pero yo tambien necesito... Eloisa, ¿dónde esta mi hija?

—Está con su amita en la cocina.

—Voi a darle un beso. ¿Quieres que te la traiga?

—Ya sabes que quedo tan impresionable despues de estos dolorosos ataques... que el menor ruido me horripila.

—Bien: descansa pues. Voi á besar á mi hija.

### MADRE É HIJO.

—¡Ah! ¿eres tú?... ¡Hace tanto dias que no te hemos visto por casa, hijo mío!... ¿Cómo están allí?

—Bien, madre.

—¿Y la chiquitina?

—No se la trajeron á U. ayer? Ordené á la muchacha que así lo hiciera.

—Si; vino, y ...sigue así nuestro angelito?

—Buena siempre, gracias a Dios.

—¡Ah!...

—¿Y mi padre?

—Está en su escritorio; ¿lo necesitas?

—No: solo queria saber de su salud.

—Va bien, felizmente. Pero eres tú, hijo de mi alma, el que ha cambiado tanto durante estos dias...¿ Estas enfermo?

—No, madre.

—No disimules conmigo. ¿No ves que desde que naciste aprendí á adivinar tus pensamientos?

—¡Madre!... ¡Qué buena es U!

—¿Y de qué sirve que lo conozcas si me niegas tu confianza? Con tu padre, comprendo que el respeto te cierre los labios; pero conmigo, que solo quiero captarme tu cariño!

—¡Por Dios!...

—Déjame, despues de tanto, tanto tiempo, hablarte como lo hacía ántes, cuando jóven ya, reclinabas aun tu linda cabeza en mi seno... Porque Dios te hizo bello, hijo mío; y ahora puedo decirtelo sin temor de envanecerte, ¡has cambiado tanto!...

—¿Y U. llora? ...Madre, por Dios, por Dios, no llore U. no ve que sus lágrimas me obligan á dejarle ver el abismo de amarguras en que me hallo sumido?... y ¡sin remedio!!

—¡Oh!, hijo mio; esa palabra no existe para el que tiene fe en Dios.

—U. no sabe...

—Si que lo sé, pobre hijo de alma. Hace tiempo sigo paso á paso en tu rostro, las huellas que dejan las contrariedades y las preocupaciones... Vamos, ven acá, niño, y cuénteme ingénuamente esas pequeñas punzadas de alfiler que en un mensaje dan al traste con la decantada fortaleza de un hombre... Apuesto á que es cuestion de dinero lo que ahora te preocupa, ... ¿alguna deuda?

—Por Dios, que mi padre no lo sepa.

—Tu padre no sabrá una palabra de este asunto, pues gracias al Cielo, saldrás de apuros sin deber favor á nadie.

—¿Dónde va U?

—A mi papelera... Toma este *Cheque* del Banco, á órden del portador; es por 4,000 \$.

—¿Y esta suma?...

—¡Oh!, no te avergüences de tomarla, porque es tuya y muy tuya, hijo querido. Desde el dia en que naciste hasta el en que te casaste, la he reunido medio á medio de las economías que lograba hacer del dinero que mensualmente ponía tu padre en mis manos para el gasto de la casa, economías de las que tu padre me dejó disponer libremente. Yo las destiné para ti, y ahora bendigo de rodillas á Dios que me sujirió tal pensamiento.

—¡Oh! santa madre mía!...Permítame U. ponerme á sus pies y besar sus benditas manos, pidiéndole perdon, mil veces perdon por mi ingratitud... Pero no acepto esa cantidad, dos veces sagrada por su objeto y por los medios con que ha sido reunida, ¡nó!, sería profanarla poniéndola en manos de mi esposa que burlándose de su mérito, la arrojaría, como á las demas, en el abismo sin fondo de su prodigalidad y despilfarro. Guárdela U., mi santa madre, y quizá... sí, quizá no esté léjos el dia en que la ruina de su padre obligará á mi hija á echar mano de tan sagrado depósito.

—¡Hijo de mis entrañas!... Sí, llora, llora aquí sobre mi seno... pero sin desconfiar jamas de la Divina Providencia: Ella lo dispone todo, y siempre en beneficio nuestro... Serénate... Viene Eloisa, la muchacha de tu casa.

—Vendrá enviada por mi esposa que encuentra sin duda muy larga la visita que hago á mis padres.

—Entra, Eloisa. ¿Qué sucede por allá?

—Como U., Señora, me encargó ayer que le trajese noticias del estado de la niña...

—Sí, sí. Acaba. ¿Cómo está?

—Muriéndose, Señora, á lo que yo creo.

—¿Mi hija?... ¿Habla U. de mi hija? ... Pero eso es imposible... mi hija está sana y buena.

—A sí se lo dice á U. la Señora, porque ella no ha querido creer desde un principio en la enfermedad de la niña... Ahora mismo no me he atrevido á decirle nada; me llama aprensiva y alborotera, y he preferido venirme aquí á avisar á la Señora.

—¡Valor!, hijo mio Corramos á salvar á nuestro ángel, si aun es tiempo.

—Si madre, si ...

—¿Qué te detiene?

—¡Maldicion sobre mi! Ha llegado á tanto mi degradacion, que no me atrevo á introducir á mi madre en casa sin previo aviso... ¿Cómo recibirá á U. mi esposa?

—Y ¿qué me importa? Todo me es indiferente ahora.

—Pero yo no permitiré que U. se vea ajada, madre.

—Entraré sin ruido al interior, donde debe estar con su nodriza nuestro angelito ¡lo he hecho ya así tantas veces para robarle un beso!... y si la situacion de la niña es realmente alarmante, tu esposa preparada ya por tí, no encontrará estraña mi presencia en su casa.

—¡Oh! Dios mio, Dios mio! ¡En qué abismo de desventura me he sepultado!... Para que ella llegue á su colmo, solo me faltaría hoy un ataque de nervios de mi mujer.

### DESGRACIA.

—Ya te metió eso en la cabeza tu buena madre. ¡Bendita Señora! ¡Nos pasábamos tan bien sin ella en casa!... Pero el pretesto que ahora busca es cruel, el bárbaro, para mezclarse de nuevo en nuestro menaje... ¡Agonizando la hija de mi vida!!

—Te digo que esa no es opinion de mi madre, es la del médico que he llamado á las volandas; y no es sinó despues de oírsele que he venido á decírtelo.

—Médico influenciado por tu madre... Y mi opinion, ¿nada te merece? Es lo que faltaba, que me niegues hasta el instinto maternal... ¿No me respondes?

—Vuelvo al lado de ese pobre ángel... que muera á lo menos en los brazos de su padre.

—Todos tienen derecho á tus atenciones... á tus deferencias, excepto yo ¡desventurada!

—Señor, acuda U., acuda U. pronto, la niña se muere.

—¡Ah! la desgracia ha entrado de nuevo con tu madre en esta casa!

—Vamos, Eloisa, vamos; esta mujer acabará por volverme loco... ¡Mi madre!

—Bendice á nuestro ángel... así será mas corta su agonía.

—¡Doctor! ¡Doctor!... ¡Dios mio! Quieren arrebatarme á mi hija!... ¡me la matan!

—Calma, Señora; estos instantes son supremos.

—Pero, Doctor ¿no hay esperanza?... Dicen que los niños resisten tanto...

—Y bien lo ha probado, Señora, esta criatura... cuyo mal debe datar de algunos meses.

—Pero nadie me lo ha dicho, doctor, nadie me lo ha advertido... todos se ha conjurado para hacerme pasar una madre desnaturalizada.

—Señora, no es este el momento de los reproches... La niña ha muerto.

—U. es una roca... U. se pone de parte de ellos para torturarme... Quiero á mi hija, la quiero... es mía, es mía... la luz de mis ojos, mi alma, mi consuelo, mi... Ai! Dios mío, Dios mio... me la arrebatan... quieren tambien que yo muera.

—Por Dios, Señora, cálmese U.; tome ejemplo de la silenciosa desesperación de su esposo.

—¿Es que él siente como yo, doctor?... ¡Corazon egoista!... No, nunca le ha tenido amor á mi hija... á nada de lo que me pertenece... por complacer á su madre... ¡Ai! Me muero, me muero... aire... aire... ¡Hija de mis entrañas!... ¡ai!...

—Vé á su lado, pobre hijo mio, yo quedo aquí con el cadáver de nuestro ángel.

—Madre mia ¡quisiera morir... ¡soy tan desgraciado!... Hija mia, pide á Dios que yo descanse contigo en la tumba.

—Lo oye U., doctor?... Soy yo quien causo la desventura de mi esposo... quien ha muerto á mi hija... ¡Ah! no resisto...

—¡Se ha desmayado! ... Corro...

—No se me acerque U., Señora, no se me acerque U... U. que es causa de todo lo que me sucede... U. que emponzoña el corazon de mi esposo... U. que me arrebató mi hija, U. ...

—Oh!, Señora, pero esto es inaudito... Respete U. el cadáver tibio de su hija.

—Madre! Lléveme U. de aquí... siento vacilar mi razon.

—No, hijo mío, nó; hay que perdonar ... hay que disculparlo todo á una madre que llora la muerte de un hijo! ¡Pide fuerzas á Dios!

—¿Para soportarme sin duda?

—¡Silencio!

—¡Mi padre!

—¿Escándalos en este momento? ... Doctor, U. es amigo nuestro; discrecion, silencio absoluto sobre todo lo que U. ha visto y oído aquí. Ven, esposa mia, arrodillémonos juntos para besar por última vez la helada frente de nuestra nieta... ¡Dichosa ella!...Doctor, corre de cuenta de U. el entierro... lo quiero espléndido... Tú, hijo mio, cuida de tu esposa. El hombre es fuerte: tienes que dar ejemplo de valor... ¡Adelante! Dios y tu prudencia harán el resto.

### DOS ANTIGUOS AMIGOS.

—¡Hombre! ¿Tú de regreso?...¿Cuándo llegaste?

—Hace tres ó cuatro días.

—¡Y qué respuesto estas! ... Estoy por reconciliarme con la vida del campo. ¿Has venido con tu esposa?

—¡Pues! ... Mírala allí, sentada en aquel banco.

—¡Cuánto ha embellecido! ¿Y esos dos pimpollos de rosa que tiene al lado?

—Son mis hijas.

—¡Dios mio! ¿Cuánto te envidio y te felicito! ... Tu heroico sacrificio de marras, te lo ha premiado Dios con munificencia.

—No te comprendo.

—¿Fumas?

—¡Qué pregunta!

—Repito que es un premio ... Aquí tienes un excelente habano.

—Gracias. Pero, espícate ...

—A ello voi ... ¿Has olvidado, pues, tu primera pasión por aquella á quien llamaste una madeja de nervios?

—Cierto que nó, puedo que mil veces he tenido ocasión de bendecir mi heroica fuerza de voluntad.

—No sabes aun hasta qué punto has tenido razón ... Pero, ¡calle!, dijérase que los hemos evocado.

—¿A quienes?

—A ellos, á las víctimas de tu nerviosa ... ¿Ves aquella pareja enlutada? ... Una Señora y un hombre.

—¿Qué van por aquella alameda lentamente y como si llevaran un siglo encima?

—Pues bien, son ellos; el provinciano que recojió tu herencia y su santa y noble madre.

—Aquel viejo es el provinciano?... Tú te burlas.

—No, amigo mio, es que ha sufrido tanto!...

—¡Vamos! ¡Una tragedia!

—No te rías; hay muchas lágrimas de por medio, porque esa mujer sembró de espinas el camino de su esposo; lo obligó á romper con sus excelentes padres, y acabó por arruinarlo.

—¡Tan mala era!

—No, amigo mio, no, pero era nerviosa ... Figúrate que despues de la muerte de su hija, que murió exclusivamente por el abandono en que la tenian los nervios de su madre...

—Sí, sí; ya recuerdo; como que se habló de ello por mucho tiempo aquí.

—Pues bien; despues de la muerte de esa pobre criatura, y á pesar de la repugnancia del sensato padre de nuestro provinciano, lo obligó á que la llevase á Europa para calmar la interminable crisis nerviosa que la acometió desde la muerte de su tan querida hija; crisis que no era posible aliviar en este miserable pueblo, ni en ningun otro del continente sud-americano. Ya puedes imaginar que no necesitó mucho tiempo para comerse casi toda la fortuna de su esposo, y la falta de recursos los obligó al regreso...

—¿Correjada ella de los nervios?

—¡Quia! Con una dosis superlativa. Empezó por hallarlo todo detestaba en el pueblo; aquí no habia persona razonable con quien pasar un cuarto de hora; no podia probarse un bocado, el sol era ferozmente claro, el cielo demasiado diáfano, el aire malo, las calles insoportables, las casas ... ¡en fin!, era cosa superior á sus fuerzas vivir asi, entre salvajes.

—¡Pobre marido!

—Entonces menos que nunca, podía ya sufrir á la noble madre de nuestro amigo, porque la encontraba superlativamente trivial é ignorante, de tal suerte, que el infeliz tenia que hacer escapadas de colejial para verla y recibir una palabra de aliento de sus labios.

—Pero ese estado de cosas no podia durar mucho tiempo.

—Como que no duró, en efecto, pues por ciego que fuere el cariño que el desventurado tenia á su esposa, acabó por conocerla y ... la abandonó.

—¡Respiro! Temí que el castigo no le hubiese llegado á tiempo, como lo merecía.

—Sin embargo, los excelentes padres de nuestro provinciano, lo obligaron á mantenerla con toda decencia, y la mal inspirada mujer aprovechó de esta generosidad para seguir, sola por el mundo, su manía de buscar emociones. Hace poco menos de un año que Dios se compadeció de sus víctimas; llevándose á mejor vida en Valparaiso.

—¿Murió de algun accidente?

—Nó; de una crisis nerviosa.

—¡Era lógico!

—El pobre marido ha quedado tan escarmentado, que ha tomado en horror a las mujeres.

—Pues para reconciliarlo con ellas, me bastaria hacer que conociese á la mía.

—Mira; y ella se aproxima á nosotros.

—Ven, querida ¿Reconoces á este amigo?

—Vaya que si. No ha pasado un día por U., caballero.

—El misterio está en que aun no se ha casado.

—Y hace U. bien ¡Es tan difícil encontrar su media naranja en este mundo!

—Pero U., Señora...

—Oh! Es que yo soy una de las privilegiadas.

—¿La oyes?

—¡Encantadora!

—¿Quieres regresar á casa, amigo mio? El aire empieza á refrescar y temo un resfriado para nuestras niñas.

—¡Qué preciosas son, Señora!

—Mas que preciosas, son tan dóciles y buenas!

—Y robustas, Señora, que es una bendicion de Dios.

—¡Oh! sí, ¡¡robustas!! ... Oye, querida, se me ocurre una cosa.

—¿Qué es ello?

—¿Te interesa nuestra permanencia aquí en la ciudad?

—¡Rara pregunta!

—Responde francamente.

—¿Olvidas que el proyecto de dejar nuestra hermosa propiedad fue tuyo? ¡Estábamos tan bien allí ...

—¿Verdad?

—Y nuestras hijas ha crecido y se ha robustecido tanto en el campo.

—¿Te convendría entónces regresar cuanto ántes?

—¿Quién lo duda? Las niñas son todavia muy pequeñas para que uno ó dos años más importe perjudicar su educacion.

—Pues, es cosa resuelta.

—Vaya, querido, ¿qué mosca te pica?

—Tu historia, amigo mio, tu historia. Temo los nervios para mis hijas, y quiero robustecerlas para que, cuando se casen, sus esposos bendigan á la madre que les dio el ser.

[1891](#)

La Paz- Bolivia